

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

## CONTENIDO :

	Página
Estudios sobre el Catolicismo . . . . .	1
Doctrina Católica del Sacrificio en la Eucaristía . . . . .	7
Jesucristo, Señor de la Iglesia . . . . .	12
El uso de Obreros Laicos en la Iglesia a la Luz de la Doctrina del Ministerio . . . . .	21
Bosquejos para Sermones . . . . .	32

Publicado  
por  
La Junta  
Misionera  
de la  
Iglesia  
Evangélica  
Luterana  
Argentina

ción de los frutos de aquel sacrificio, que nos son comunicados y garantizados, cuando Cristo nos da su cuerpo y su sangre y nos consuela con sus palabras: "Dado y derramado por vosotros para la remisión de los pecados."

F. L.

## JESUCRISTO, SEÑOR DE LA IGLESIA

### I. — LA GOBIERNA

Estamos viviendo en tiempos turbulentos (tiempos que parecen presagiar la proximidad del Día del Juicio); tiempos de constante inquietud, llenos de violencia y luchas por obtener poder; tiempos de revoluciones, guerras, contiendas ideológicas y conquistas internacionales; tiempos de continuas luchas entre las clases sociales, entre una raza y otra, entre la ley y el crimen, el capital y el trabajo, la religión y el ateísmo.

En realidad sólo existen dos partidos: Dios y el diablo; el cielo y el infierno; los ángeles malos y los ángeles buenos; los creyentes y los incrédulos; el bien y el mal; la justicia y la maldad; el amor y el odio; la verdad y la mentira; la iglesia y el ateísmo; la fe salvadora y la fe falsa; la sinceridad y la hipocresía.

Esta lucha es tan antigua como el mundo. Después de la Caída, tal parecía que la antigua Serpiente había triunfado; pero la Semente de la Mujer, destinada a triunfar, destruyó las obras del diablo y llegó a ser y aún es el eterno Conquistador y Señor. Dios es el Vencedor. Somos del partido que venció, del partido de Dios, y el Señor es por nosotros, Sal. 27:1; 118:6; Rom. 8:31. Este Señor es el verdadero Señor y Maestro. Jesucristo es el único Señor de la Iglesia.

*Jesucristo Rige y Governa a la Iglesia Ahora y Para Siempre*

¿Quién es Jesucristo? Es el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Santa Trinidad, verdadero Dios y verdadero Hombre, nuestro ungido Salvador. Hay una lucha furiosa y continua acerca de la personalidad de Cristo.

Todo depende de una comprensión correcta de su persona. Muchos le dan jarabe de pico, como se dice popularmente, pero

en realidad lo rechazan. El es más que un gran hombre, maestro o ejemplo.

Jesucristo es verdadero *Dios*, Hijo de Dios el Padre, I Juan 5:20; Juan 20:28; Mat. 17:5; Rom. 9:5. Jesucristo es *eterno*, Juan 1:1-2; Heb. 13:8; *omnipresente*, Mat. 28:20; 18:20; *omnisciente*, Juan 21:17; 3:25; Mat. 9:4; 21:18-19; 26:34; *omnipotente*, Mat. 28:18; Juan 1:3; Heb. 1:3. Sus atributos divinos y sus obras divinas prueban su deidad, Mat. 9:6; Juan 5:27; 5:23; Heb. 1:6; Apoc. 5:12-13.

Jesucristo es también verdadero *hombre*. La Escritura le llama hombre; tiene cuerpo y alma y sentimientos humanos. Fué concebido por el Espíritu Santo y nació de la virgen María; por consiguiente, nació sin pecado: el ángel le llama "lo Santo", I Tim. 2:5; Luc. 24:39; Mat. 26:38; 1:21 (Isa. 7:14); Luc. 1:35. Este Jesús tiene dos naturalezas, la naturaleza divina y la naturaleza humana, Juan 1:14; Isa. 9:6.

Jesús se encarnó para poder salvar del pecado, mediante su vida perfecta y su inocente Pasión y muerte, a todo el género humano, I Juan 1:7; Juan 1:29; 2 Cor. 5:21; Isa. 53:4-5; I Tim. 1:15; Mat. 18:11; I Juan 2:2; 2 Cor. 5:15. Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, Gál. 4:4-5; 3:13; de la esclavitud del pecado, I Ped. 2:24; del temor a la muerte, Gén. 3:15; I Juan 3:8; Heb. 2:14. Recibimos todo esto mediante la fe en El, sin nuestras obras, Gál. 12:16.

3 | Estas Buenas Nuevas, el Evangelio salvador de Jesucristo, deben ser predicadas a todo el mundo, a todo ser humano. Dios el Espíritu Santo, la Tercera Persona de la Santa Trinidad, que desde la eternidad procede del Padre y del Hijo, obra la fe en el corazón del hombre mediante los medios de gracia, el Evangelio y los dos sacramentos: el Bautismo y la Santa Cena. Mediante la Ley el Espíritu Santo declara al mundo convicto de pecado. Rom. 3:20; Juan 16:8-11; Sal. 51:5; Juan 3:6; Rom. 7:18; Efe. 2:1-3; Rom. 8:7; 6:23; Mat. 15:19. Sólo el Evangelio obra la fe salvadora, regenera, da vida espiritual, convierte, Rom. 1:16; Juan 3:15; 6:40; 5:24; Efe. 1:4-7; 2:4-10; I Tim. 1:15; Juan 11:25; Mar. 16:15-16; El bautismo obra la fe, y aun a los niños hace hijos de Dios, Gál. 3:26-27; Hech. 2:38; Juan 1:12. Todo esto es de pura gracia, de la bondad de Dios que no hemos merecido, de su favor gratuito, Efe. 2:8-9. Por el

Espíritu Santo nacen de nuevo los hombres, son regenerados, llevados a la vida espiritual, mediante el bautismo, Juan 3:5-6. Al bautismo se le llama el lavacro de la regeneración y renovación del Espíritu Santo. Todos los hombres necesariamente tienen que nacer de nuevo, pues nadie puede decir que Jesucristo es el Señor, sino por el Espíritu Santo, 1 Cor. 12:3; Tito 3:5. El segundo sacramento, la Santa Cena, sostiene, alimenta y aumenta nuestra fe en Jesucristo, nuestra vida espiritual, cuando con el pan y el vino comemos su cuerpo y bebemos su sangre, dado y derramada por nosotros para la remisión de pecados. En Jesucristo tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados. De este modo nos hacemos miembros de su iglesia, su reino de gracia, Col. 2:12-14.

Ahora estamos preparados para dar una definición clara del término "iglesia" según lo usamos aquí. Por "iglesia" entendemos todos los creyentes verdaderos en el Dios verdadero, cristianos sinceros, hijos verdaderos del Dios Trino, que adoran y aman a Jesucristo como a su Salvador y Redentor, Señor y Rey. Forman la iglesia sólo los creyentes verdaderos, que son piedras vivas y que están edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, Efe. 2:19-22; 1 Ped. 2:5; Efe. 5:25-27; 1 Cor. 3:11. La iglesia está edificada sobre Cristo, la Roca de la Eternidad. El mismo la edifica, pues dijo (Mat. 16:18): "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella". Pero no es Pedro el hombre la roca del fundamento de la iglesia —no lo permita Dios!— sino la doctrina del Evangelio que Pedro acababa de confesar cuando dijo a Jesús (Mat. 16:16): "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". A lo que Cristo contestó: "Tú eres *pétros*, y sobre esta *pétra* edificaré mi iglesia". Esta *pétra* es la confesión del Evangelio de que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios. Por consiguiente, el Evangelio, Jesús mismo, es el fundamento de la iglesia, de modo que las puertas del infierno, las fuerzas bélicas más furiosas del infierno, no podrán derrumbar la iglesia, el reino de Jesucristo. Cf. Filip. 2:9-11 y Efe. 1:20-23. Jesús es el único Potentado, el Rey de los reyes y el Señor de los señores, 1 Tim. 6:15-16.

Ya que todos los creyentes verdaderos pertenecen a esta igle-

sia de Jesucristo, hay *una sola* iglesia, *un solo* reino de Dios. La llamamos la Una Sancta, la una santa iglesia cristiana. Por esta razón el Credo de Atanasio la llama *católica* (no con *c* mayúscula, no Católica Romana o Católica Griega), sino simplemente *universal*. O expresado en otras palabras: Cristo es la Cabeza, todos los creyentes juntos son su cuerpo. Jesús es el Esposo, toda la iglesia es la Esposa. Llamamos invisible a la Una Sancta, porque la fe que hay en el corazón de los hombres, que los caracteriza como miembros de la iglesia, es invisible al ojo mortal del hombre. Sólo el Señor conoce inequívocamente a los que son suyos, 2 Tim. 2:19.

La iglesia es *santa*. 1 Ped. 2:9; Apoc. 1:5-6. En el Credo Apostólico a los cristianos se les llama la comunión de los santos, del pueblo santo de Dios. Esta santidad es una santidad imputada, no una santidad natural. Los santos se han vestido de Cristo, 2 Cor. 5:21; Isa. 1:18; Apoc. 7:9-14; 19:6-8; Hech. 8:33-34. Todos los pecados de los santos han sido lavados con la sangre del Cordero, y por esta razón en gratitud sirven a Dios con vidas santas, Efe. 5:25-27. La iglesia ama intensamente a Jesús y demuestra ese amor intenso mediante una vida santa y buenas obras.

¿Dónde se halla esta iglesia cristiana invisible? Puesto que sólo el Evangelio produce fe, la iglesia se halla únicamente y siempre donde se usa el Evangelio, el cual jamás deja de producir frutos, Isa. 55:10-11. La palabra "iglesia" también se usa para referirse a la iglesia visible, a una congregación o a una denominación. El término "iglesia visible" se aplica a todos los que usan la Palabra de Dios y profesan la fe cristiana, aunque entre ellos se hallen también hipócritas. Jesús exige algo más que una mera afiliación con la iglesia. Jesús no aceptará a las cinco vírgenes insensatas, o cristianos fingidos, sino que insiste en la verdadera fe, 2 Cor. 13:5; Juan 8:31-32. Todos los cristianos sinceros aman a su Salvador y lo confiesan como a su Señor y Maestro. Jesús rechaza toda adoración hipócrita, Mat. 7:21.

¿Por qué Jesucristo es adorado como Señor de la iglesia? Porque El, además de habernos creado, nos redimió o compró con un gran precio: su vida, su preciosa sangre, 1 Ped. 1:18-19; 1 Cor. 6:20; 2 Cor. 5:15; Gál. 2:20. Con Lutero, en su ex-

plicación del Segundo Artículo del Credo Apostólico, confesamos que Jesucristo "es mi Señor, que me ha redimido a mí, hombre perdido y condenado... no con oro o plata, sino con su santa y preciosa sangre, y con su inocente Pasión y muerte, para que yo sea suyo, y viva bajo El en su reino y le sirva en eterna justicia, inocencia y bienaventuranza". Jesús se llama a sí mismo Señor, da mandamientos y exige obediencia, Juan 13:12-14, 16-17, 34; 14:15; 15:14; Luc. 6:46.

Jesús gobierna y rige a su iglesia como Dios y Salvador. El gobierna no por medio de la fuerza, sino por medio del amor. No se necesita la fuerza, porque todos los corazones se inclinan a obedecer y toda obediencia es voluntaria. Todo servicio involuntario es indigno.

Aunque Jesús quiere tratarnos no como siervos, sino como amigos (Juan 15:15), nosotros somos no obstante sus siervos (Luc. 17:10), pero eso en realidad es libertad, Juan 8:31-31, 36. Nadie puede ser más libre que los ángeles, y sin embargo pedimos diariamente en la Tercera Petición del Padrenuestro que hagamos la voluntad de Dios según la hacen los ángeles en el cielo. La iglesia se compone de personas libres, que obedecen a Cristo con el mayor entusiasmo.

La iglesia no puede vivir en una condición de anarquía: tiene que ser gobernada, y quiere ser gobernada por Jesucristo, el Rey de los reyes y el Señor de los señores, Efe. 1:20-23. Los cristianos son ciudadanos del reino más grande y más magnífico en el mundo.

Es *Jesucristo* quien gobierna la iglesia, no el apóstol Pedro, los doce apóstoles, el Papa, el clero, la jerarquía (gobierno sacerdotal), o directores de la iglesia. "Todos vosotros sois hermanos", dice Jesús, dando a entender que nadie debe ser llamado padre (espiritual), rabí, o maestro, porque Jesús mismo es nuestro único Maestro, Mat. 23:8-10; Gál. 5:1. A los cristianos se les pide que permanezcan firmes en esta libertad espiritual. Las asambleas eclesiásticas son necesarias para hacer decisiones mediante el voto de la mayoría, pero ellas jamás pueden gobernar las conciencias.

Pedro jamás se hizo Señor sobre los otros apóstoles, ni constituían un gobierno eclesiástico los doce apóstoles, Hech. 1:15-26, sino que dejaron que la congregación eligiera un apóstol.

tol (o mejor dicho, candidatos) para reemplazar a Judas, dando a conocer el Señor mismo la selección. Aquí podemos hacer referencia a Hech. 6:1-7, donde se nos dice que la iglesia, la congregación, eligió siete diáconos; Hech. 15, donde se nos dice que una asamblea eclesiástica en Jerusalén decidió una disputa doctrinal, a base de la Sagrada Escritura. Según Mat. 18:15-20 un pecador impenitente, según el mandato de Jesús, debe ser llevado, no ante el clero, sino ante la congregación para recibir el veredicto final de su excomunión o su reinstalación. (cf. 2<sup>a</sup> Cor. 2:10.)

Pedro mismo advierte a los ancianos o presbíteros que no tengan señorío sobre las congregaciones, sino más bien que se hagan dechados de la grey, 1<sup>a</sup> Ped. 5:3. Jesús no quiere ninguna conducta dominante, dictatorial o autocrática en la iglesia. Lo que el Señor mismo no ha decidido en las Sagradas Escrituras, que lo decidan las congregaciones en sus asambleas de votantes y en sus convenciones generales, dentro del espíritu del amor, la humildad y la mansedumbre, para que todo se haga decorosamente y con orden, porque Dios no es Dios de desorden, sino de paz, 1<sup>a</sup> Cor. 14:33.40; Filip. 2:3; 1<sup>a</sup> Ped. 5:5. El orgullo y la conducta dictatorial no es una señal de Cristo, pues Jesús vino no para ser servido, sino para servir, Mat. 20:26-28. La tiranía y la explotación es señal del anticristo, que se conduce como si fuera Dios, 2<sup>a</sup> Tes. 3:4.

Jesucristo rige y gobierna la iglesia mediante su Palabra, que es y permanece el criterio y la autoridad final por toda la eternidad, Mat. 24:35; Juan 12:48. Todo asunto que la Escritura no reglamenta debe ser reglamentado por los creyentes de tal modo que no riña con la fe ni con la voluntad del Señor. Ya que la Escritura rige con autoridad decisiva, debemos estudiar constantemente la Palabra de Dios para determinar la voluntad divina. Ninguna doctrina jamás debe ser decidida y establecida por asambleas o por mayoría de votos, sino únicamente por la Escritura. La Palabra infalible de Dios tiene la decisión final. La Escritura sola establece toda doctrina y decide lo que es moralmente bueno o malo, porque ha sido inspirada verbalmente por Dios el Espíritu Santo y es por lo tanto absolutamente infalible, inerrable, y una guía perfectamente fidedigna, 2<sup>a</sup> Tim. 3:15-17; 1<sup>a</sup> Cor. 2:13; 2<sup>a</sup> Ped. 1:21; Juan 10:35; Juan 17:17.

Así como Jesucristo constantemente recalcó el "escrito está", y el "para que se cumplan las Escrituras", asimismo debemos repetir nosotros el "escrito está", y el "¿cómo lees?". Siguiendo el ejemplo del apóstol San Pablo, el Dr. Martín Lutero consideró de tanta importancia cada palabra de la Escritura que dijo: "Una sola Palabra de Cristo hizo que el mundo le fuera demasiado pequeño", es decir, demasiado pequeño como para huir de esa Palabra, o evadirla. Tal actitud no es fanatismo, sino fidelidad agradable a Dios, el único curso seguro (recordad a Eva y a la mujer de Lot).

Seguir la Palabra de Cristo hace a los hombres libres y constituye verdadera libertad. Sólo los hijos de Dios están libres de la horrible servidumbre al pecado, las mentiras, la muerte, el diablo, los temores y las tentaciones. . . libres para dedicar su vida a Dios. Los verdaderos cristianos, ciudadanos del reino de Dios en la tierra, se sienten libres para no hacer lo que a ellos les place (capa de malicia), sino para agradar a su Señor y Salvador. Los cristianos se enorgullecen en servir al Señor aquí y en la eternidad. Dedicamos nuestra alma y nuestro cuerpo al servicio de El.

Jesucristo *gobierna realmente* a su iglesia, según lo demuestra viva y gráficamente el Apocalipsis, capítulos 1, 2, 3 y 22, y muchos otros pasajes del Apocalipsis, por ejemplo, el capítulo 20. En el capítulo 1 del Apocalipsis vemos al Señor en medio de las siete congregaciones representativas en el Asia Menor, velando cuidadosamente a cada uno de sus siete candeleros de oro. (Así el Señor de la iglesia vela constantemente sobre toda la iglesia cristiana, cada congregación cristiana y cada creyente.) Las siete estrellas o los siete ángeles, los pastores de las siete iglesias están en su mano derecha. ¡Qué consuelo. . . y qué advertencia!

En los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis el Señor se dirige y caracteriza a cada congregación, diciendo: "*Yo conozco tus obras*". ¡Y *qué bien* las conoce! Según lo que El sabe —y El lo sabe todo— alaba, consuela, anima, amonesta, suplica, advierte, reprende, amenaza y llama al arrepentimiento. ¡Cuán importante es para las iglesias de la actualidad examinarse a sí mismas a la luz de estas siete cartas! El Señor aún gobierna y juzga a todas las iglesias según esa misma regla. Su constante estribillo es el siguiente: "El que tiene oído, oiga lo que dice el Espíritu



a las iglesias". Jesús estimula a las congregaciones a ser diligentes y fieles y a disciplinarse propiamente, a que conserven limpia su casa. Si ellas no lo hacen, ¡*El lo hará!* Estos pensamientos se repiten y se resumen con el mayor énfasis en el último capítulo de la Biblia.

De modo que Jesucristo, como la cabeza viva de su cuerpo, la iglesia, como el Buen Pastor, realmente gobierna a su cuerpo, guía a sus ovejas, su rebaño, y rige a su iglesia por todos los siglos. El puede hacer esto con la mayor facilidad y con el mayor cuidado, porque El es eterno, omnipresente, omnisciente y omnipotente. El jura con la mayor solemnidad: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo", Mat. 28:20; Heb. 13:5b. Mientras este bendito y único Potentado, este Rey de los reyes y Señor de los señores, gobierna a su iglesia, también la *protege* con su gran poder. El gobierna toda la creación, todo el universo, para beneficio de su iglesia, oyendo y atendiendo misericordiosamente las oraciones de los millones de sus ciudadanos. A través de toda la Biblia, y particularmente en el Apocalipsis, se nos hace recordar cómo nuestro majestuoso Señor utiliza millones de sus santos ángeles ("millares de millares . . . cientos de millones", Dan. 7:10; Apoc. 5:11) para proteger y servir a su iglesia. ¡Qué hermoso consuelo!

Es verdad que a veces no comprendemos a nuestro Señor y su gobierno (Isa. 55:8-9; Juan 13:7; Rom. 11:33-36), sin embargo, en todo momento debemos mostrar una confianza filial en nuestro amoroso Señor y Salvador. Los discípulos de Jesús no podían comprender por qué Jesús tenía que *sufrir*, aún más, por qué *quería* sufrir. De igual modo los cristianos con frecuencia se preguntan por qué *ellos* tienen que sufrir en vez de gobernar gloriosamente (Mat. 20:20-23), pero Jesús explica con la mayor claridad que todo el que quiere seguirle debe llevar su cruz y padecer con El, por supuesto no para expiar sus pecados, sino para mostrar su fe y conservarla en humildad, Mat. 10:16-42; Mat. 16:24-26; Luc. 14:26-27. Triste es decirlo, pero los tiempos de opulencia son los más peligrosos para la iglesia. Antes del Diluvio el mundo gozaba a sus anchas, pero la iglesia fué reducida a una sola pequeña familia. Sodoma y Gomorra eran como un jardín, un paraíso, pero la población era tan vil que las ciudades fueron destruidas, salvándose solamente Lot y su familia, cuatro personas.

A veces parece que Jesús se olvida de su iglesia. Permite que padezca como si a El le fuera indiferente. Amargas y sangrientas persecuciones, destrucciones, encarcelamientos de los creyentes y opresiones de toda índole pueden acosar a la iglesia, hasta que la iglesia se siente completamente desanimada y totalmente desamparada. Pero notemos el hermoso consuelo del Señor, Isa. 49:14-16. La sangre de los mártires ha sido siempre la semilla de la iglesia. A pesar de casi continuas persecuciones durante los primeros tres siglos de la era cristiana, la iglesia cristiana penetró todo el imperio romano, "trastornó el mundo", en tanto que los enemigos se quejaban. A veces guerras sangrientas han habido puertas a la predicación del Evangelio, como ha sucedido en el Japón. Después de la segunda guerra mundial y la guerra en Corea, numerosas oportunidades se han presentado a la Iglesia Luterana para empezar obra misionera en esos lugares. Las guerras y las calamidades sirven para despertar a una iglesia soñolienta y estancada. Nuestro Padre celestial permite desastres y guerras para disciplinar paternalmente a congregaciones que se hallan al borde de la corriente mundanal. Fué la Cautividad Babilónica la que quebrantó la idolatría incorregible de la iglesia judía. Cuando la iglesia cristiana primitiva "era de un corazón y de un alma" (Hech. 4:32) —cosa que de por sí era digna de alabarse— pero se olvidó de que sus componentes fueran testigos en toda Judea y en Samaria y hasta lo último de la tierra, esto es, se olvidó de evangelizar el mundo, entonces aconteció repentinamente una sangrienta persecución, como la explosión de una bomba, que hizo que los cristianos huyeran y promulgaran el Evangelio en otros países. Como resultado, la iglesia empezó a esparcirse rápidamente.

Dos guerras mundiales, a pesar de la terrible matanza de veinte millones de personas, resultó en un maravilloso esparcimiento del Evangelio. En realidad, se necesitaron dos guerras mundiales para despertar a las iglesias del letargo mortal en que se encontraban muchos feligreses que mostraban apatía y hasta oposición a la obra misionera. Algunos decían: "Basta que nosotros tengamos el Evangelio y podamos ir al cielo". De esta manera provocaron al Señor a ira.

Se observa, pues, que Jesucristo aunque utilice la vara, gobierna a su iglesia con sabiduría celestial y divina y la disciplina

cuando ella se deja vencer por el sueño o el ocio. De muchos de sus feligreses tiene que quejarse como se quejó de la iglesia en Sardis: "Conozco tus obras, que se te cuenta como vivo, y estás muerto", Apoc. 3:1, y en Laodicea: "Conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente . . . por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, voy a arrojarte de mi boca. . . Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé pues celoso y arrepíentete".

Aparentemente estamos viviendo en ese terrible "un poco de tiempo" (que se describe en Apoc. 20:3.7ff.), cuando Satanás está suelto, declarando guerra sin cuartel a la iglesia para destruirla, exactamente como antes del día del juicio. Esto quiere decir que la iglesia debe hacer el mayor e incansable esfuerzo por promulgar el Evangelio, hacer las obras de Dios, entretanto que el día dura: la noche viene cuando nadie puede trabajar, Juan 9:14. Sigamos el incesante celo y devoción y el valor indomitable del gran apóstol San Pablo. Quiera Dios que con la mayor confianza podamos decir con él: "He peleado la buena lucha, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, el Juez Justo, en aquel día: y no sólo a mí, sino también a todos los que han amado su manifestación", 2ª Tim. 4:7-8.

Terminaremos con la amonestación y el consuelo que nos concede Jesús: "Vengo en breve, retén lo que tienes, para que nadie tome tu corona", Apoc. 3:11, y su promesa (Apoc. 3:5): "El que venciere será vestido de vestiduras blancas: y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles".

## EL USO DE OBREROS LAICOS EN LA IGLESIA A LA LUZ DE LA DOCTRINA DEL MINISTERIO

### *Introducción*

Para tratar esta doctrina, y el uso de los obreros laicos, es necesario primero recordar que la doctrina del ministerio está basada directamente en la doctrina acerca de la Iglesia Cristiana, y del Sacerdocio Real de Todos los Cristianos. Por eso creo necesario dar un breve resumen (repasso algo rápido) de estas dos